

El otro irreductible de Juan de Mairena

José Muñoz Millanes

En su mayor parte, los fragmentos que componen *Juan de Mairena* se habían ido publicando en dos periódicos madrileños: *El Diario de Madrid* y *El Sol*, entre 1934 y 1936. Y cuando en 1936 se reunieron en forma de libro, la portada adoptó una forma muy significativa que se ha tratado de respetar en las ediciones modernas. Lo peculiar de esta portada es que en ella se asigna el texto del libro a dos autores. En lo alto aparece el nombre del autor: Antonio Machado. Y, más abajo, el título de la obra declara que ésta consiste en las «sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo» llamado Juan de Mairena. De este modo se intenta romper la dependencia convencional de la obra respecto del autor: el texto no se presenta como escrito directamente por Antonio Machado. Aparentemente, aquí Antonio Machado se ha limitado a transcribir: a transmitirnos las palabras de otra persona.

Ahora bien, está claro que no leemos lo que Juan de Mairena dice en el texto de Machado del mismo modo que lo que, por ejemplo, dicen Goethe o Juan Ramón Jiménez en sus respectivas conversaciones con Eckermann y con Juan Guerrero Ruiz. Las palabras de Goethe o de Juan Ramón Jiménez en esos textos interesan porque resultan verosímiles, ya que se atribuyen a personajes históricos de gran peso cultural. En cambio, las palabras de Juan de Mairena nos atraen porque Machado se las atribuye a un personaje apócrifo.

La noción de «lo apócrifo» es central (además de recurrir explícitamente) en *Juan de Mairena*. Se trata de un concepto bastante complejo y elusivo, por lo que vamos a abordarlo paulatinamente, empezando por su encarnación en el profesor protagonista de este libro.

En general, «apócrifo» significa «no manifiesto»: «oculto», «secreto», «disimulado» (este adjetivo se relaciona etimológicamente con «críptico» y «cripta» y se aplica a menudo a libros sagrados no canónicos y no leídos públicamente, como sucede con los evangelios de ese nombre). Pues Machado se refiere a lo apócrifo como algo ficticio, inventado: como un producto de la imaginación, en definitiva. Aunque, más exactamente, no lo concibe como una creación absoluta, como una pura fantasía sin rela-

ción alguna con la realidad, sino como una invención en el sentido de «descubrimiento» o «hallazgo». Por tanto, según Machado lo apócrifo vendría a ser, no una falsedad, sino una verdad alternativa o complementaria: una verdad insólita que, al haber sido ocultada por la verdad oficial que nos ofrece la razón, tiene que ser descubierta por la imaginación. Por eso en *Juan de Mairena* se afirma que, para hacer justicia a lo real, para acceder a la variedad que la razón no es capaz de pensar, hay que recurrir a la imaginación: hay que «partir siempre de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo». Y en una de las *Nueva canciones* se lee lo siguiente: «Se miente más de la cuenta / por falta de fantasía: / también la verdad se inventa».

Juan de Mairena, por tanto, es una creación de Antonio Machado, pero una creación tanto o más poderosa que una persona real, ya que es producto de la necesidad: Antonio Machado no tiene más remedio que inventar a Juan de Mairena a fin de expresar su falta de identidad consigo mismo, tiene que inventarlo a fin de poder atribuir a otro todos aquellos rasgos y pensamientos en los que no se reconoce. La necesidad de los apócrifos (y de otras figuras análogas como los pseudónimos de Kierkegaard o los heterónimos de Pessoa) se demuestra porque han sido creados en función de la pluralidad irreconciliable de la obra que se les atribuye respectivamente, y así se ha podido afirmar de Pessoa que «inventó las biografías para las obras [de sus heterónimos] y no las obras para las biografías». Mairena se preguntaba: «Pero ... ¿pensáis ...que un hombre no puede llevar dentro de sí más de un poeta? Lo difícil sería lo contrario, que no llevase más que uno». Y Antonio Machado en un cuaderno de apuntes señala: «No conviene olvidar que nuestro espíritu contiene elementos para la construcción de muchas personalidades, todas ellas tan ricas, coherentes y acabadas como aquella –elegida o impuesta– que se llama nuestro carácter. Lo que se suele entender por personalidad no es sino el supuesto personaje que, a lo largo del tiempo, parece llevar la voz cantante. Pero este personaje, ¿está siempre a cargo del mismo actor?». Es decir, al descubrirse irreductiblemente múltiple, el escritor o el pensador se ve obligado a proyectarse en una variedad de escritores u oradores (como es el caso de Juan de Mairena) a los cuales debe dotar *a posteriori* de una ficha: de un nombre, una biografía y hasta una bibliografía imaginarios. Y ésta es la que Antonio Machado adjudica a Juan de Mairena: «Juan de Mairena. Poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Trovar. Nació en Sevilla en 1865. Murió en Casariego de Tapia en 1909. Es autor de una *Vida de Abel Martín*, de un *Arte poética*, de una colección de poesías: *Coplas mecánicas*, y de un tratado de metafísica: *Los siete reversos*».

(Como curiosidad, hay que mencionar que Machado, después de admitir que la personalidad dominante no tiene más remedio que convivir con otras, las correspondientes a sus posibles apócrifos, llega a verse a sí mismo como un apócrifo relativo y le asigna el siguiente perfil: «*Antonio Machado*. Nació en Sevilla en 1875. Fue profesor en Soria, Baeza, Segovia y Teruel. Murió en Huesca en fecha todavía no precisada. Alguien lo ha confundido con el célebre poeta del mismo nombre, autor de *Soledades*, *Campos de Castilla*, etc.»)

Es una especie de gesto autorreflexivo, las prosas del *Juan de Mairena* desarrollan una teoría del personaje apócrifo que tiene mucho que ver con el teatro. Según esta teoría, la pluralidad irreconciliable de caracteres, voces y parlamentos en una pieza teatral correspondería a la multiplicidad de apócrifos y sus respectivas obras (y a este propósito quizá convenga recordar que Pessoa definía a su obra heterónima como «un drama en gente»). Pero, del mismo modo que los personajes de un drama gozan de una independencia relativa (porque, con toda su individualidad, no dejan de ser producto de un solo autor), así tampoco hay que olvidar que la multiplicidad de apócrifos indica, antes que nada, la falta de identidad, la escisión de la personalidad del autor: «Supongamos –decía Mairena– que Shakespeare, creador de tantos personajes plenamente humanos, se hubiera entretenido en imaginar el poema que cada uno de ellos pudo escribir en sus momentos de ocio, como si dijéramos, en los entreactos de sus tragedias. Es evidente que el poema de Hamlet no se parecería al de Macbeth; el de Romeo sería muy otro que el de Mercutio. Pero Shakespeare sería siempre el autor de estos poemas y el autor de los autores de estos poemas».

Según Juan de Mairena la analogía entre los apócrifos de un autor y los personajes de una obra teatral se aprecia sobre todo en los monólogos o soliloquios. Resulta significativo el interés de Juan de Mairena por el «monólogo dramático», tan privilegiado por la lírica moderna. Pues, como es bien sabido, T.S. Eliot, Borges o Cernuda (entre otros) han escrito poemas donde se proyectan en algún personaje histórico o de ficción que a su vez se desdobra en hablante y oyente: se trata de un personaje que, en un instante de incertidumbre, de crisis, se oye a sí mismo pensar en voz alta como si fuera otro el que le dirigiera la palabra. Para Juan de Mairena en el monólogo se encuentra la raíz de su propia condición de apócrifo: el soliloquio es el momento del desencuentro consigo mismo por excelencia, ya que, al escucharse hablar de sí, el «yo» se descubre otro: se siente interpelado como si fuera un «tú» al que se le comunican cosas que desconocía de sí mismo. Así Mairena observa que los personajes de Shakespeare «dialo-

gan consigo mismos, porque están divididos y en pugna consigo mismos». O como se lee en el «Retrato» preliminar de *Campos de Castilla*: «Converso con el hombre que siempre va conmigo .../ mi soliloquio es plática con este buen amigo». Al sentirse «tú» o interlocutor de sí mismo en el monólogo, el «yo» da el primer paso en el reparto de su alteridad, de su enajenación, entre diferentes personajes apócrifos. Pues ese «tú» resulta tan inapropiable como un «él», ya que es en cada caso diferente, por corresponder a las sucesivas modificaciones de uno mismo. Se trata de ese «tú» del que Machado dice en una de las *Nuevas canciones* que «nunca es tuyo / ni puede serlo jamás».

Ahora bien, dado que cada apócrifo goza de la relativa consistencia que permite distinguirlo no sólo del autor real sino también de otros posibles apócrifos del mismo autor, cabe preguntarse qué es lo que caracteriza específicamente a Juan de Mairena. En una entrevista anónima aparecida en *La Voz de Madrid* en plena guerra civil, Machado dijo de Juan de Mairena: «Es mi “yo” filosófico, que nació en épocas de mi juventud. A Juan de Mairena, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos. Aquellas impresiones, que yo iba resumiendo día a día, constituían un breviario íntimo, no destinado en modo alguno a la publicidad, hasta que un día ... Un día saltaron desde mi despacho a las columnas de un periódico».

Lo que en este libro más sorprende a primera vista es la distribución de papeles entre el autor real y su apócrifo. Si, como repetidamente se afirma en él, los poetas se sienten irremisiblemente atraídos por la variedad del mundo, por su heterogeneidad, mientras que los filósofos, en cambio, se dedican a homogeneizar, a perseguir la unidad a toda costa, ¿a qué se debe que aquí la posición consistente del «yo» hegemónico, del «yo» real, que se supone dotado de mayor identidad, la ocupe el poeta Antonio Machado, mientras que éste asigna inclinación filosófica a la posición del otro apócrifo, del «yo» imaginario y mutable?

Y, sin embargo, tal reparto paradójico de funciones le permite a Machado desarrollar toda una serie de inteligentísimas reflexiones sobre las relaciones entre la poesía y la filosofía, sobre sus sutiles entrecruzamientos, reflexiones que, en última instancia, quizá constituyan el mayor mérito de estas prosas de *Juan de Mairena*.

Pero ahora convendría volver a lo antes dicho sobre la noción machadiana de lo «apócrifo»: lo apócrifo viene a ser una incursión en lo imaginario que, sin embargo, extiende nuestro conocimiento de lo real, que estaba limitado por la razón, por la lógica habitual (y debido a esa capacidad de